

Canibalismo siglo XXI. La actualidad popular de una vieja preocupación antropológica

XXIth Century Cannibalism: Popular Interest on an Old Anthropological Concern

Julián López García

Departamento de Ciencias Sociales y Humanidades
Universidad de Córdoba

RESUMEN

En el artículo analizo el diálogo entre canibalismo occidental y canibalismo de indígenas no occidentales. Aludo a la contracción entre las evidencias caníbales de inspiración occidental y la lucha ideológica no sólo por expulsarlo fuera de nuestra cultura sino por otorgarle un papel fetiche, condensador de todos los males de la diferencia. Sin embargo a partir del siglo XX asistimos a distintos episodios que acercan el canibalismo (real y simbólico) a la cultura popular occidental de manera que se va matizando la relación entre canibalismo y mal y por tanto se va diluyendo su papel como signo diacrítico de la diferencia: eso abona el terreno para excentricidades artísticas pero también para el tráfico de órganos. Termino con una alusión al papel de la Antropología en este último siglo construyendo y destruyendo el mito del canibalismo.

Palabras-clave: Canibalismo; Cultura popular; Exotismo; Descolonización; Neocanibalismo.

SUMMARY

In this paper I analyse the dialogue between western and non-western indigenous cannibalism. I make reference to the cannibal evidences from a western point of view, and to the ideological fight not only to expel it from our culture but also to invest in it the role of fundamental marker or fetish condensing of all evils of Otherness. Yet, starting in the XXth Century, we find a number of episodes approaching cannibalism (real and symbolic) to western popular culture, thus refashioning the former relationship between cannibalism and evil to the point of losing its diacritic place as fundamental marker of cultural differences. This paves the way to artistic eccentricities, but also to organ traf-

ficking. I end with a reference to the ways in which the anthropology of this last century contributed both to the making and unmaking of the myth of cannibalism.

Key words: Cannibalism; Popular culture; Exotic; Decolonization; Neocannibalismo.

El interesante sitio web sobre mapas extraños (*strange maps*¹), publica en julio de 2008 su mapa N.º 299. Se trata del mapa de A. Hartleben que en 1893 publicó en la revista *Deutsche Rundschau* plasmando la presencia contemporánea y antigua del canibalismo (fig. 1). Se inauguraba así el siglo xx con un mapa tranquilizador para los occidentales en relación con esa práctica, pues visualizaba la presencia periférica del canibalismo: si colocamos en ese mapa un epicentro imaginario en torno a París no hallamos presencia caníbal más cerca de los cinco o seis mil kilómetros². Además, salvo en la vieja Europa, el canibalismo aparecía dibujado en todos los continentes. Tranquilidad evidente como se refleja en uno de los comentarios (el n.º 19) que provoca ese mapa en otro blog: “Lo que viene a decir el mapa es que históricamente los pueblos que más han practicado el canibalismo son los más retrasados, África, los rusos de Siberia, los indígenas americanos (tanto del norte como del sur) y Asia central —para que digan que los tibetanos son unos pacifistas, que no matan ni a una hormiga”—³.

Pero esa tranquilidad parece haber sido precaria porque ha precisado actualizaciones constantes, como si una especie de voluntad colectiva en occidente hubiese empujado durante mucho tiempo hacia confirmaciones sucesivas de que los caníbales seguían estando lejos. Y no sólo precaria, esa tranquilidad ha tenido igualmente algo de engañosa ya que al mismo tiempo que se publicaba el mapa llegaban evidencias de la cercanía inquietante del canibalismo, una cercanía que se irá intensificando a lo largo del siglo xx y que tendrá su máxima expresión en los primeros años del XXI.

En este artículo trato de las formas de acercamiento reciente del canibalismo a la cultura popular europea y de la incomodidad que va generando a medida que avanza el siglo xx y se van conociendo y exponiendo acontecimientos de esa proximidad. Después de siglos en los que el canibalismo se configuraba como paradigma de la diferencia, llegamos a un momento de vecindad incómoda que parece querer resolverse en los países desarro-

¹ En <http://strangemaps.wordpress.com/>.

² Otro mapa tranquilizador a comienzos del siglo xx es el que reproduce Arens de Loeb (*The bood sacrifice complex*, 1927) sobre sitios de canibalismo prehistórico y actual: el canibalismo contemporáneo en ese momento está presente en todos los continentes... excepto Europa (Arens, 1979: 23).

³ En [www.http://meneame.net/story/strange-maps-mapa-canibalismo](http://meneame.net/story/strange-maps-mapa-canibalismo).



Fig. 1: Mapa de A. Hartleben.

llados, en los primeros años del siglo XXI poniendo en práctica la gran redundancia simbólica de fagocitar el canibalismo. Se trata de un proceso de trivialización y de conversión en un objeto más de consumo (aunque pueda dar la apariencia de escandaloso) y eso a partir de una integración en los circuitos del turismo y de la aventura, de su presencia central en el llamado arte extremo o la novela caníbal posmoderna y, en fin, a través de lo que podríamos llamar holismo gastronómico. En esa conversión en objeto de consumo, la nueva ideología, que matiza la identificación de canibalismo con mal, llegamos al neocanibalismo, la ingestión quirúrgica de órganos de otros. Termino el artículo con una coda en la que aludo al papel contradictorio de la antropología en el siglo XX alimentando y destruyendo el mito del canibalismo, como si también hubiese una incomodidad que nacería de la difícil convergencia entre una mala conciencia por haber contribuido a marcar la diferencia cultural en torno al canibalismo y la nostalgia por el abandono de un asunto que justamente ha sido un icono para categorizar la diferencia y presentar, en todo su esplendor, el relativismo cultural.

I. VECINOS Y PARIENTES CANÍBALES

1. *Los caníbales blancos*

En los años 20 del siglo XX el número 2 del folletín *Tom & Katty* de la Editorial española Gato Negro (antecesora de Bruguera), se presentaba con un título que generaba desasosiego: “Caníbales blancos”. Pero más que el título resultaba inquietante la imagen de portada, dos niños huérfanos estaban apunto de comer la carne de un pobre marinero muerto. Otros marineros, tan blancos como los niños, ya estaban dando cuenta de la carne de ese cadáver: uno comiendo un brazo entero previamente amputado y otro ingiriendo órganos del interior, quizá el corazón, sacado tras abrir el esternón. En la imagen los niños están a punto de recibir un pedazo, pero el texto no deja lugar a dudas sobre lo que sucedió: “*los niños devoraron con fruición la carne del desgraciado marinero*”.

Toda una larga historia de cuentos occidentales y de imágenes de caníbales elaborada desde siglos atrás convergía en esa portada que reproducía una larga secuela de dibujos sobre el canibalismo occidental. Una historia en la que entre otros marcadores que iremos viendo, aparece el motivo recurrente del consumo directo de extremidades corporales. Ese marinero que está dando cuenta de la mano derecha amputada del muerto tiene lejanos antecedentes. En una ojeada impresionista desde la Edad Antigua encontramos los siguientes precedentes de esa manera de comer de blancos caníbales: primero en *El libro de las Maravillas de Marco Polo* y concretamente en la edición iluminada de 1480-1485 se aprecia ese motivo claramente: piernas y manos en la mesa, en el plato y en la boca; en segundo lugar en un dibujo de la hambruna de Lituania de 1571 donde igualmente aparece a la derecha de la escena un hombre ingiriendo una pierna entera o, en fin, en la escultura de Leonhard Kern de 1650 “Mujer caníbal”.

En todas estas escenas no se puede decir esté presente la emoción positiva que suele tener la comensalidad, pero desde luego tampoco se aprecian formas de horror caníbal. Sin duda ese motivo se expandió hacia la visión de caníbales extraños. Las imágenes de ese pasado occidental se proyectaron en los caníbales lejanos descubiertos, de ahí el aire de familia de aquellas representaciones con, por ejemplo, las del canibalismo azteca pintado en el *Códice Florentino* o en la serie de dibujos de De Brie sobre el canibalismo amazónico. La inspiración de estos caníbales indígenas está en aquellos caníbales blancos y como si se tratase de un progresivo proceso de coloración caníbal llegamos a los más recientes caníbales negros (ver fig. 3).

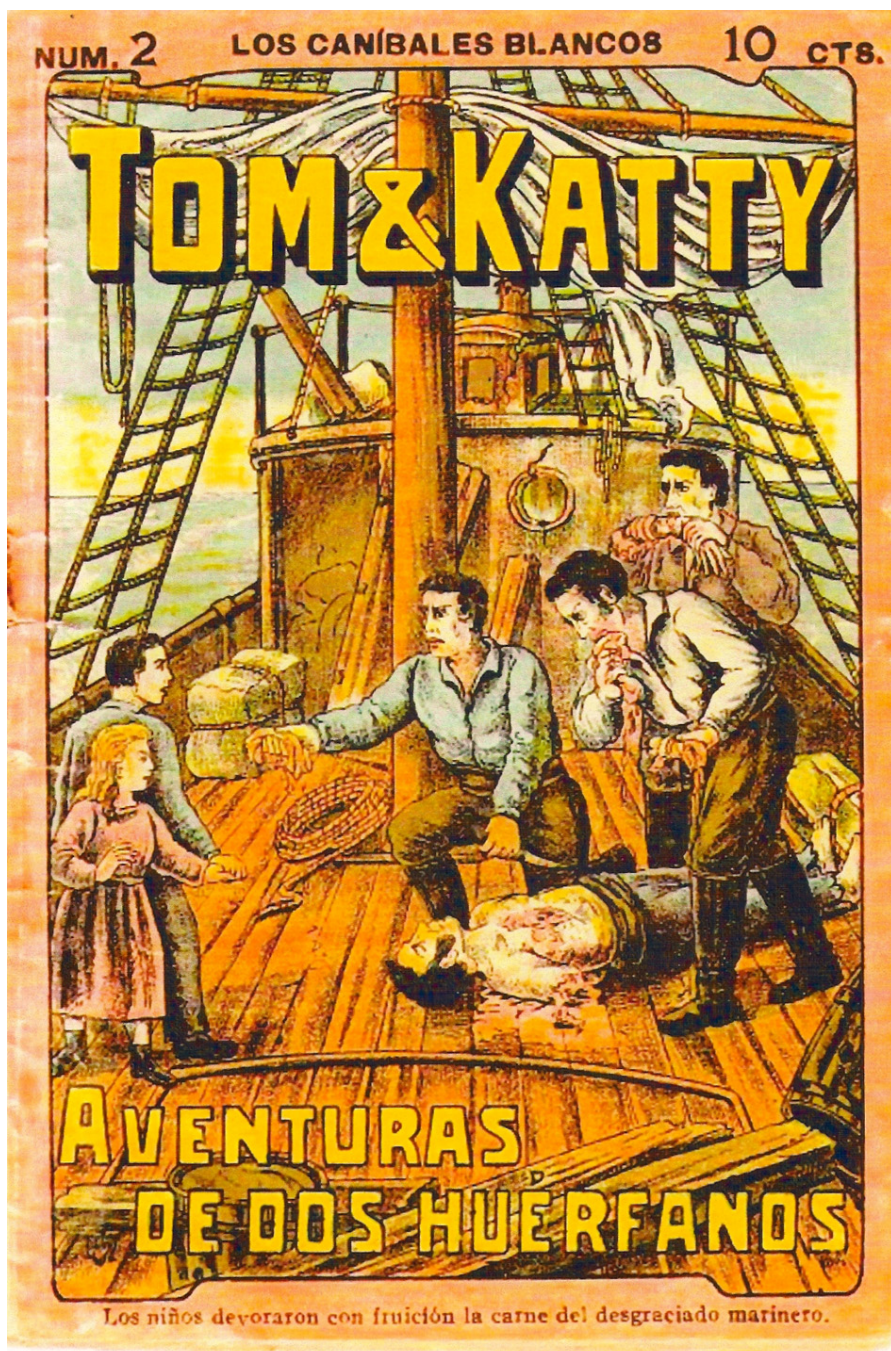


Fig. 2: Caníbales blancos.

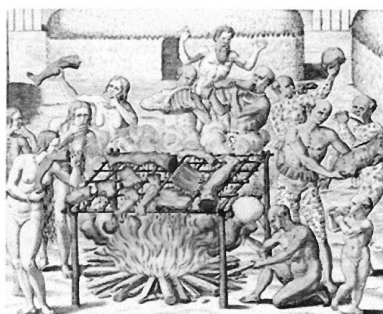
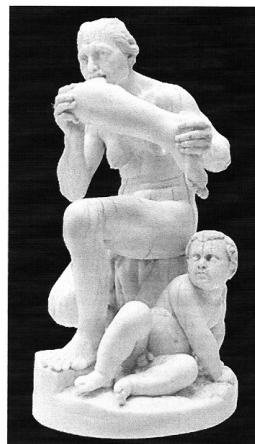


Fig. 3: Canibalismo occidental de extremidades y réplica caníbal de indígenas americanos y nativos africanos.

2. El come-niños es real y está en nuestro mundo

En 1936, en Argentina, se hace público que esos personajes que comen niños no existen sólo en la fantasía narrativa sino que tienen presencia real. El titular de la primera página del diario *El Orden* de Santa Fé (de 22 de mayo) no dejaba lugar a dudas⁴: “*¡Existe el hombre malo que se Come a los Chicos!*”, seguido de otros titulares no menos expresivos: “*¡Cocino y comió a una criatura de once años!*”, seguido de otros titulares no menos expresivos: “*¡Cocinó y comió a una criatura de once años!*” (fig. 4).

La entrevista que le hace al día siguiente el periodista en el mismo diario refiere algunos de los motivos del perfil que occidente ha ido construyendo acerca del canibalismo. Así narra su acto: “Primero lo abrí... Con el machete. Lo limpié bien. Yo sé cortar... Limpié bien los huesos. Primero los iba a guardar, para trabajarlos. Lindos huesitos. Hubiera hecho unas fichas. Pero por dentro no servían. Eran esponjosos. Entonces los tiré al río. Y la carne la colgué. Hice ganchitos y colgué la carne de la enramada cerca del rancho”. El periodista plantea a continuación otra cuestión que inquieta pero que está instalada en la curiosidad popular:



Fig. 4: Portada de *El Orden* sobre la detención del “hombre malo que se come a los chicos”.

“¿qué comió, cuánto comió?”. El caníbal da un tipo de respuesta de gourmet: hay pedazos de carne humana más o menos buenas y, además, dice haber comido con miedo porque este tipo de consumo crea adicción: “uno se envicia. Come y después siempre quiere comer”. Consumió la carne

asada y frita y, además, derritió la grasa e hizo aceite: la fotografía de los tarros de cocina con las vísceras y la grasa hecha aceite no dejaban lugar a dudas sobre la materia culinaria (fig. 5).

Ante otra curiosidad de la policía responde dando más detalles: “La cabeza la herví... los sesos no se podían comer y se los di a los perros. Pero las carnes eran buenas”.

Tenemos aquí dos motivos del abigarrado perfil del caníbal: el asunto

⁴ http://gobierno.santafe.gov.ar/archivo_general/hemeroteca.

del come-niños/sacamantecas y la imagen fetiche construida en torno al ‘cocinamiento’ de la cabeza humana.

Este caso expresivo de lo que llamo deglución popular del canibalismo está integrado en un conjunto en el que interseccionan los últimos estereotipos de la literatura de cordel con un emergente género periodístico de sucesos. Para el caso español, por ejemplo, datan del primer tercio del siglo xx los últimos casos de sacamantecas y caníbales popularizados en literatura de cordel (“el niño robado por un mendigo”, “El horroroso descuartizamiento de una niña de 12 años en la Hurdes, Plasencia” y “El relato del doble asesinato y descuartizamiento de



Fig. 5: Ollas de vísceras y grasa humana.

dos niños de siete y nueve años en Béjar, Salamanca” —Caro Baroja 1990: 192—) y los casos reseñados por Fernández Juárez de sacamantecas popularizados por esa prensa de sucesos: la noticia del sacamantecas de la Sierra de Gádor, Almería, “que peor que un lobo carnívoro llevó a cabo la horrenda tarea de extraer las mantecas al niño Bernardo González Parra”; o el caso del niño Manolito Sánchez, asesinado en 1913 por un hombre que, según un testigo presencial —otro niño—, “le extrajo la sangre y las mantecas” (Fernández Juárez 2008a: 22-25, con información de Frías 2005).

Comer niños y sacarles la grasa parece acercarse con ese y estos sucesos de la retórica atemorizante a la realidad. Centenares de cuentos de la tradición oral occidental han relatado esa presencia fantástica⁵, pero la existencia real y cotidiana de esos robadores de grasa, de los reales sacamantecas se había constatado fuera: por ejemplo para el caso latinoamericano en la realidad de los kharisiris o los pistacos. Resulta muy sugerente la convergencia analítica que hace Fernández Juárez (2008a: 147-153) respecto a estas dos tipologías cercanas y lejanas de caníbales, entre aquellos y estos robadores de manteca y sangre. Y resulta igualmente llamativa la diferente senda tomada por unos y otros a lo largo del siglo xx. Mientras los españoles salen del suceso real para engrosar literaturas fantásticas y apearse a

⁵ Agotaríamos páginas haciendo la simple relación de esos relatos, pero se pueden ver algunas obras generales: el reciente libro editado por Gerardo Fernández (2008b) y el anterior sobre kharisiris y sacamantecas (2008a) son unos excelentes compendios sobre el estado de la cuestión.

los casi inocuos “asustachicos”, los andinos provocan sentido real aún partiendo de la fantasía. Un caso claro del binomio canibalismo-colonialismo al que me refiero a lo largo de este texto y que alude al segundo aspecto que anunciaba, el de la decapitación y ‘cocinamiento’ de la cabeza.

El asunto de la cabeza cortada y cocinada ha sido un tipo de complemento claro al canibalismo de extremidades crudas, o cocinadas. La decapitación y la cabeza en la olla ha sido el otro gran icono visual en los retratos de caníbales. Pero una vez más las famosas ollas con cabezas reconocibles de los caníbales africanos, o las no menos famosas ollas, con cabeza dentro, del dibujo de Stadem sobre los caníbales tupinambas y del canibalismo azteca del *Códice Florentino* tienen precedentes en la historia antigua y medieval europea. Las decapitaciones de todos los cortadores de cabezas tienen un claro entronque europeo incluso de época más reciente.

Quizá uno de los caníbales más populares de la historia moderna de occidente sea Sawney Beane, el patriarca de un clan caníbal e incestuoso que vivió a finales del siglo XIV (hay versiones con una existencia cuatro siglos más tardía) en la costa oeste de Escocia, matando y devorando viajeros que se acercaban a la recóndita cueva donde vivía el clan que iba creciendo a partir de las relaciones incestuosas de Beane y su esposa con sus hijos. Los Beane fueron descubiertos y detenidos cuando un numeroso grupo de viajeros oyó gritos extraños y al acercarse a su procedencia descubrieron a un hombre que se defendía de lo que describieron como una banda de atacantes salvajes; cerca de él su mujer se hallaba muerta y destripada mientras algunos miembros de la familia comían la carne cruda que le iban arrancando a trozos; otros habían seccionado el cuello de la mujer y bebían su sangre. Al ser descubiertos los Beane huyeron a su cueva. Pero la búsqueda dio sus frutos y finalmente fueron descubiertos en su guarida. Una de las litografías sobre la vida en la cueva muestra justamente el cadáver decapitado de uno de los asesinados que van a comer dentro de la cueva y toda la tecnología de carnicero que se acumulaba allí (ver fotogalería 8); un tipo de tecnología carnicera que asocia a Sawney Beane con Garay, el caníbal de Santa Fe y que también se repetirá en las traslaciones a contexto caníbales “primitivos”.



Fig. 6: Cabezas en la olla europeas, americanas y africanas.

3. *“Me pregunto quiénes son los verdaderos caníbales”. El cine de caníbales en la selva y los salvajes caníbales occidentales*

Un hito en la deglución popular del canibalismo se produce en Europa a partir de finales de los años 70 del siglo XX con el llamado cine italiano de caníbales de la selva. Un tipo de cine inspirado en el género “Mondo” que alude sin artificio al salvajismo de los pueblos “primitivos selváticos”; un salvajismo primitivo que se expresa en prácticas violentas en la relación con animales, en el sexo y, desde luego, en la práctica culinaria horrorosa y demoníaca por excelencia, el canibalismo. La práctica caníbal por parte de los aborígenes se realiza de manera hiperexplícita, acompañada de todo tipo de violencia física (violaciones, sádicas torturas, desmembramientos, destripamientos, empalamientos, etc.), cuyos ejecutores no son solamente los aborígenes. Pero tras de ese “carácter sanguinario y nauseabundo se transmite la conclusión ideológica de que, en verdad, los europeos y norteamericanos “civilizados” podían ser aun más salvajes y brutales que los aborígenes” (Lagiola 2008).

Según Lucio Lagiola, este cine de caníbales de la selva tendría entre otras, las siguientes características: ambientación exótica en escenarios naturales, siendo la región amazónica uno de los lugares preferentes de filmación. Se trata de un mundo que no sólo es alejado y extraño sino también salvaje y eso se aprecia con nitidez en las recurrentes escenas sobre violencia entre animales, entre hombres y animales y entre hombres y hombres. La violencia humana está por doquier: los rituales indígenas que se presentan no sólo son raros sino fuertes, con mucha frecuencia aparecen prácticas sexuales violentas; pero no se trata sólo de violencia nativa, los occidentales no salen mejor parados: actúan con inusitada violencia contra indígenas, violan a sus mujeres, destruyen sus poblados... Y junto a la violencia, un muestreo de costumbres repugnantes para la sensibilidad media occidental: los planos de nativos devorando todo tipo de insectos y animales crudos e incluso la ingestión de comida regurgitada por otros es el contexto en el que se presenta la fundamental especificidad gastronómica de estos pueblos, el canibalismo. En el diálogo intercultural de horrores que presentan estas películas, no es extraño que los occidentales que aparecen acaben comiendo alguna de estas raras comidas. Finalmente, como característica recurrente de las películas de caníbales de la selva está el asunto del encuentro entre nativos y occidentales que viajan a esos lugares vírgenes por cuatro razones fundamentalmente: para buscar recursos naturales lucrativos, joyas o tesoros legendarios, para hallar a alguna persona perdida, para investigar o desmitificar alguna información sobre los aborígenes y sus costumbres o para realizar algún reportaje periodístico de impacto.

Con ese perfil, aunque con notables diferencias en la combinación de esos ingredientes, a lo largo de los años 70 y 80 se realizarían unas 20 películas de este género. Entresaco algún comentario respecto a alguna de ellas⁶.

El País del sexo salvaje (1971) será la primera película. Como presentación se dice que las escenas, por ejemplo las de canibalismo explícito, son verdaderas, inaugurándose así la ficción de documental real que algunas de las películas parecen —y quieren— tener. Entre las escenas características está el asunto clásico de amputación del brazo a una indígena por parte de una tribu rival que es devorado y, desde luego como sugiere el título de la película abundan las escenas de sexo “salvaje”. En *Último mundo caníbal* (1976) de Ruggero Deodato los protagonistas europeos que viajan a Filipinas buscando petróleo pronto serán atacados por una salvaje tribu de caníbales que viven, según se sugiere, como en la edad de piedra, en el interior de una impresionante caverna. En opinión de Lagiola, “la fisonomía de los indígenas de esta película sería el modelo a seguir por los siguientes films: nativos achinados, morochos, de pelo largo, sucios, de rostro desencajado y actitud siempre exacerbadamente agresiva”. En esta película se mostrará con toda nitidez el supuesto trasfondo ideológico que podían tener estas pseudopelículas: que los occidentales podían ser más salvajes que los indígenas. Por ejemplo, en esta película, el protagonista europeo, en un intento de demostrar su ferocidad le arranca el corazón a un nativo y lo devora. Más brutalidad caníbal se retrata en *La Montaña del Dios caníbal* (1978) donde los cuerpos de los europeos capturados se abren en canal con pericia carnicera y son convertidos en una gran olla que ofrece a los comensales nativos todo un arsenal de órganos blandos —intestinos, corazón, hígado...— que son devorados con una mezcla rara entre la saña y la fruición. La película es fiel al trasfondo ideológico que hemos referido: los occidentales van a la isla donde habitan los caníbales buscando una mina de uranio (aunque mienten a las autoridades diciendo que van en busca del marido de la protagonista que desapareció en una expedición etnográfica) con una avaricia que se impone al drama de la extinción de los nativos que acarrearía la explotación de la mina. Los caníbales matando y comiendo a estos salvajes blancos parecen hacer justicia de modo que el espectador

⁶ De las películas que refiero sólo he visto cuatro para este artículo, *La Montaña del dios caníbal*, *Holocausto caníbal*, *Caníbal feroz* y *Terror caníbal*. Los otros comentarios están hechos a partir del ensayo referido de Lagiola. Otras películas de este singular género (algunas con apropiaciones de género de cine erótico o de zombies) son *Emanuelle y los últimos caníbales* (1977), *Los Primitivos* (1979) *La Diosa Bárbara. Una mujer para los caníbales* (1979), *El caníbal* (1980), *Devorados Vivos* (1980), *Holocausto Zombi* (1980), *Esclava Blanca: Violencia en el Amazonas* (1985) y *Desnudo y Salvaje* (1985).

occidental se alinea en algunos momentos con los caníbales. No obstante, se hace explícita la importancia simbólica cargada de negatividad del hecho de comer carne humana: otro de los protagonistas blancos que en el pasado había sido prisionero de esa tribu y había comido carne humana con ellos, afirma que ese acto cambió su vida y el recuerdo le atormenta y horroriza de tal modo que la única posibilidad de expiación es acabar con la tribu caníbal.

En 1979 se estrena *Holocausto caníbal*, seguramente la película más famosa de todas ellas, y se repite el asunto del canibalismo europeo; en este caso será practicado por uno de los protagonistas, el antropólogo Dr. Monroe que acude a la selva para averiguar qué ha pasado con unos periodistas que se han perdido, y que acabará comiendo carne de un indígena “yamakari” para ganarse la confianza del jefe de la tribu “Hombres de los árboles”⁷ que conservan los rollos de las películas que habían filmado esos periodistas antes de desaparecer. Pero sobre todo se transmite ese tipo de ideología en torno al campo semántico amplio del concepto de canibalismo que va más allá de comer carne humana y que significa en definitiva salvajismo extremo. Tras saber la verdad de la aventura de los periodistas en “El infierno verde” a través de las grabaciones que dejaron, se sugiere de una manera nítida que los occidentales, representados por esos reporteros, buscando algún tipo de beneficio, pueden llegar a ser más brutales que los nativos (en esta película destruyen e incendian poblados, matan, violan, engañan...); dicho de otro modo, buscando caníbales en sociedades lejanas, encuentran que los caníbales están en su mundo. La frase que pronuncia el antropólogo Dr. Monroe después de volver de la selva y terminar de visionar los documentos gráficos de los periodistas (“me pregunto quienes son los verdaderos caníbales”) resume palmariamente la idea que se transmite en las películas de caníbales en la selva. La cinta que termina así, presentando en toda su crudeza el salvajismo occidental, había comenzado de un modo complaciente hacia esos periodistas como metonimia de la población occidental frente a los nativos que no son sino animales alejados de la mano de Dios; la película comienza con la visión de un informativo de televisión donde se está dando la noticia: “un grupo de jóvenes americanos, arriesgando valientemente sus vidas se trasladaron hasta esos parajes alejados de la mano de Dios para poder filmar a esos animales en su hábitat natural sin que hasta ahora se tenga noticias de ellos”.

El mismo tipo de violencia occidental enfrentada a la violencia indígena

⁷ En el cóctel imposible que fabrican estas películas se mezclan cosas como esos hábitats arborícolas que pertenecen a caníbales... pero en realidad no a caníbales amazónicos sino de Nueva Guinea.

—los dos tipos de canibalismo podríamos decir—, se aprecia en la otra película más famosa del género, *Caníbal feroz* (1981): los feroces caníbales de la selva colombiana no son nada comparado con los occidentales que depredan y buscan tesoros y otros bienes materiales en la selva a cualquier precio. También de 1981 es *Terror caníbal*, una de las películas más deleznable del género y sin embargo didáctica en su simpleza. Aquí no hay matices: los malos son unos occidentales que han secuestrado a una niña y la esconden en la selva donde habitan unos caníbales que acaban siendo hombres justicieros pues se comen con la fiereza y saña ya conocida a esos delincuentes y sus cómplices. No faltan los detalles del desmembramiento y descuartizamiento y quizá es en esta película donde adquiere todo su significado el concepto de devorar. Porque hasta la saciedad se dice en estas películas que los caníbales de la selva no comen sino que devoran, así se afirma en los diálogos y así se aprecia en las imágenes: todos tragando apresuradamente, cogiendo pedazos con las manos de dentro del cuerpo abierto en canal, manchándose las manos y la cara de sangre... En esta película ningún blanco come carne humana aunque la malísima caracterización de los nativos —todos figurantes blancos, alguno incluso con patillas y bigotes...— hace que en la retina del espectador quede la impresión de caníbales blancos.

Un caso peculiar es el de *Tesoro del Amazonas* (1984), en el que los protagonistas caníbales no tienen un nombre inventado sino real, son los jíbaros⁸. Es significativo este hecho porque si bien no suele ser el canibalismo un marcador en el perfil construido de este grupo indígena sí en cambio pesa sobre ellos el gran estigma de la caza y reducción de cabezas, de manera que ahí está su salvajismo/canibalismo en el imaginario popular trasladado desde antiguo por viajeros y cronistas. La descripción que hace de ellos el misionero dominico François Pierre a finales del siglo XIX no deja lugar a dudas de que sin ser caníbales, esa violencia y sed de sangre los mete dentro del campo de significación dado por los occidentales al caníbal:

La familia jívara es una escuela de todos los vicios, un receptáculo de todas las torpezas, un lupanar donde la más abyecta intemperancia se practica sin pena ni vergüenza, donde los instintos más depravados se manifiestan sin velo ni moderación. Las mujeres están sujetas a duras servidumbres: son nada más que esclavas y esclavas para el placer, esclavas para el trabajo. Y deben complacer, si no, la lanza está a la vista y ay de ellas si desagradan a sus amos. La mayor parte de ellas son presa de conquista armada, ganadas por la fuerza y no por el amor. Casi todas las guerras que emprenden los jívaros y los más de los asaltos que cometen no tiene más fin que adquirir nuevas esposas y aumentar su serrallo [...] el niño nace y cre-

⁸ Aunque no hay mayor información también en *Holocausto caníbal* se hace referencia al canibalismo de los yanomami.

ce en este ambiente malsano: desde su más tierna edad es testigo de las orgías a que se entregan, en que se pasan y a que se abandonan sus padres. Aprenden desde el principio a despreciar a su madre, a verla víctima de los insultos y malos tratos del bárbaro que se dice esposo siendo su verdugo [...] al regreso de las emboscadas, de las expediciones militares, de las luchas a mano armada, el padre se presenta ante los suyos cargado de cabezas lívidas que aún chorrean sangre y comienza en su choza la alegría hasta el delirio: mujeres y niños rodean estos horribles trofeos y quieren contemplar con detención, tocar por sí mismos, insultándolos y cubriéndolos de salivajos [...] El hijo ayuda al padre en la horripilante labor de disecar estas cabezas, suspirando por el día en que pueda también él cortarlas a sus enemigos... El jívaro acostumbra a cortar las cabezas de sus enemigos para disecarlas; mata por matar, sin otra razón aparente que su capricho; mata con sangre fría, quita la vida con lentitud [...] Cuando la sed de la sangre le calienta la garganta y carcome las entrañas, no se para en obstáculos para satisfacerla ni se detiene hasta la muerte y el exterminio (1988: 126-127).

En 2003 después de casi 20 años sin ese tipo de cine, regresa el género en el film de Bruno Mattei, *En tierra de caníbales*. Según Lagiola, en esta película la exagerada brutalidad de los caníbales hace que los caníbales de *Caníbal feroz* y de *Holocausto caníbal* “parezcan refinados lords ingleses”. Los de esta película, “por momentos van pegando saltos, aullando como indios comanches y poniendo caras de desquiciados mientras persiguen a sus víctimas. A la hora del banquete, se abalanzan sobre los cadáveres y los mordisquean desesperados, arrancándose los pedazos de carne de las manos y de las bocas a manotazos y tarascones unos a otros como buitres o hienas hambrientas y salvajes” (Lagiola 2008).

La última película del género rodada en 2007, *Bienvenidos a la selva*, introduce un caso real en la ficción y nos hace dar otra vuelta de tuerca al asunto del canibalismo recíproco occidentales/“primitivos”: dos parejas de jóvenes parten a la selva de Nueva Guinea para investigar la desaparición real de Michael Rockefeller, hijo del multimillonario vicepresidente norteamericano Nelson Rockefeller, ocurrida en 1961 durante una expedición. Los jóvenes ansían encontrar indicios de su paradero y sacar rédito económico de ello contribuyendo al mito de su desaparición provocada por caníbales y acabarán encontrándose con una brutal tribu caníbal.

De manera condensada en las carteleras de estas películas se intentaba compendiar toda esa mezcla de información e ideología a la que me he referido (ver fig. 7).

4. “Es como la carne de las reses que comemos en casa”. *La tragedia de los Andes de 1972 y la inquietante naturalidad del canibalismo occidental*

Las informaciones acerca del canibalismo por hambre se habían referido generalmente a pueblos alejados geográficamente o, al menos, en el tiem-



Fig. 7: Carteleras de películas caníbales, *Holocausto canibal*, *Canibal feroz*, *Terror canibal* y *Devorados vivos*. Véase la similitud entre el caníbal “amazónico” de *Holocausto canibal* con el caníbal blanco de *Canibal feroz* y el aire de familia de éstos con el caníbal Saturno devorando a sus hijo, pintado por Goya y el caníbal negro de la fig. 3.

po. Sin embargo desde finales del siglo XX y con el comienzo del siglo XXI asistiremos a las confirmaciones detalladas de canibalismo de occidentales en esas situaciones.

Pero sin duda la cercanía del canibalismo a nuestro mundo se produce también en los años 70 con ocasión del famoso accidente de los deportistas uruguayos en los Andes, que sobrevivieron durante más de dos meses comiendo carne humana de los compañeros muertos en el accidente.

En 1974 Piers Paul Read publica, con la aquiescencia de los protagonistas, la historia del accidente de los Andes con el título *Alive: The history of the Andes survivors*; en castellano *Viven. La tragedia de los Andes*⁹. Solo en ese año se harán más de 20 ediciones en castellano. De la popularidad de este best-seller da cuenta también que pronto se tradujo a 10 idiomas y también rápidamente se hiciese la primera película¹⁰. El aspecto central del libro y del interés del público estaba obviamente focalizado en el canibalismo que tuvieron que practicar para sobrevivir.

Durante los diez primeros días estuvieron consumiendo de forma racional la poca comida que encontraron entre los restos del avión. Al cabo de ese tiempo esas reservas se habían casi agotado. Cuando ya no había qué comer uno de los supervivientes, Canessa, dio argumentos de carácter moral para convencer al resto de compañeros de que había que comer carne de los otros compañeros muertos y de que esa perspectiva horripilante y repugnante para muchos de ellos no era tal. Con el argumento de autoridad de ser médico y creyente, los reunió y dijo:

Es carne y nada más que carne. Las almas han abandonado los cuerpos y están con Dios en los cielos. Todo lo que queda no es más que el cuerpo que contenía el alma y, por tanto, ya no es un ser humano; es como la carne de las reses que comemos en casa (69).

En la película “oficial”, *Viven*, se plantea así el diálogo que precede al inicio del consumo de carne humana:

- Tenemos que comer...
- Comer qué, ¿a los muertos? Hablas de comer a los muertos.
- Exacto. Debemos hacerlo. Es lo que hay que asumir.
- Estamos hablando de comer personas.
- No, estamos hablando de comer carne para no morir.
- Yo no podría, es repugnante.

⁹ Todas las citas que reproduzco corresponden a la 16ª edición en español de 1974.

¹⁰ Esta primera película «no oficial» se titulaba *Supervivientes de los Andes* y fue dirigida por el mexicano René Cardona uno de los pocos directores no italianos que se adentró en el género del cine de caníbales de la selva.

- ¿Crees que nuestra alma cuando morimos abandona nuestro cuerpo?
- No lo sé, no soy cura.
- Si existe el alma y abandona el cuerpo cuando morimos, entonces el cuerpo no es más que una carcasa. Lo que hay en la nieve sólo es carne, comida.

Ese es el preámbulo, la reflexión de que no se peca cuando se come carne humana. Ese debate sobre la moralidad del consumo caníbal en situaciones de excepcionalidad, ha tenido continuidad. Una de las cuestiones que habitualmente se les plantea a los supervivientes en las múltiples entrevistas que realizan en revistas, periódicos y televisiones, se refiere a la identificación entre su acto y la comunión. La iglesia negó en su momento esa identificación y hablaba de un acto de inspiración y ese sentido tuvo la bendición que los supervivientes recibieron del Papa Pablo VI, pero lo cierto es que en el libro oficial de Read se dice que Pedro Algorta “fue quien halló la justificación al comer las primeras tiras de carne humana, comparando lo que estaban haciendo, con comer el cuerpo y beber la sangre de Cristo en la Sagrada comunión” (218) El catolicismo más o menos popular de los protagonistas recorre toda la aventura y se extiende a las publicaciones, películas y entrevistas que avala¹¹.

Sin embargo no se trataba solo asumir una venia religiosa, se trataba de vencer una restricción cultural de más amplio alcance. No se trataba solo de refirmar o negar la humanidad de los que iban a ser caníbales¹² en función de comer o no comer carne humana, era cuestión de minimizar los efectos deshumanizadores del consumo en función de qué carne humana comer y como comerla; en sus conversaciones se traslucía una valoración diferenciada: no es lo mismo comer crudo que cocinado y no era lo mismo comer tragando que comer saboreando. Esas dos primeras fronteras se traspasarán muy pronto:

...anteriormente habían cocinado la carne o la habían secado al sol, pero ahora no quedaba otra alternativa que comerla húmeda y cruda a medida que la iban cortando, y como tenían tanta hambre, muchos comieron tantos pedazos que tuvieron que masticar y saborear (115).

¹¹ El libro de Read comienza con el siguiente versículo de San Juan, “Que nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos”. El tono místico acompaña la web oficial de los supervivientes y está ambientada con el *Ave María* de Schubert.

¹² Los supervivientes prefieren llamarse a sí mismos antropófagos y no caníbales. Y lo justifican dando por bueno un significado erróneo. Dicen que no son caníbales porque eso implica matar para comer, ellos serían antropófagos porque comieron carne de humanos muertos.

El otro asunto que se prestaba al debate era qué partes comer. Se trata de un debate interesantísimo porque retrata la ideología construida acerca de la topografía modulada del tabú caníbal¹³. El primer asunto que implica traspasar una frontera fuertemente atávica se refiere a la ingestión de los órganos corporales internos:

Habían llegado, por necesidad, a comer casi todas las partes del cuerpo [...] Habiendo superado la repugnancia de comer el hígado, les fue mucho más fácil pasar al corazón, riñones e intestinos. Para ellos, hacer eso no era tan extraordinario como lo hubiera sido para un europeo o un norteamericano, porque es muy común en Uruguay comer los intestinos y las glándulas linfáticas de un novillo en un plato llamado “parrillada” [...] Solamente despreciaban los pulmones, la piel y los órganos genitales (123).

Faltaban pocos lugares para llegar al canibalismo total. Pero como el tiempo pasaba y las partes menos nobles y menos antropomorfas iban desapareciendo no hubo más remedio que atravesar esa otra frontera y comer pedazos de cuerpo que antes habían despreciado: “También intentaron comerse las lenguas, pero eran incapaces de tragarlas, y hubo quien, en cierta ocasión, se comió los testículos [...]” (181).

Sin duda esos pasos que se fueron dando paulatinamente: comer las extremidades, comer vísceras, corazón, pulmones y órganos genitales remitía a un tipo de canibalismo primitivo, poco sofisticado podríamos decir. En todo caso la necesidad, el hambre, servía para avanzar en la senda de ese canibalismo total sin mayores cuestionamientos de orden moral. Ni siquiera cuando se llegó a lo que podríamos llamar canibalismo-vampírico: “también comían los coágulos de sangre que se encontraban alrededor del corazón en casi todos los cuerpos...”

Pero quizá lo más inquietante del relato comienza a vislumbrarse a partir de los 40 días del accidente cuando comenzamos a reconocer en la narración escenas que recuerdan las prácticas caníbales que parecían ser patrimonio de los primitivos: en la forma de tratar los cuerpos como materia para el consumo, en la búsqueda de sabores diversos en las diferentes piezas de carne humana, sin importar que esos sabores estén en las tripas o los sesos y, quizá sobre todo, en la elaboración de platos:

los menos escrupulosos entre los supervivientes comenzaron con aquellas partes de los cuerpos que habían comenzado a descomponerse. Esto ya había sucedido

¹³ La palabra tabú, tan connotada en antropología, pasó a formar parte de la retórica popular con motivo de los debates en torno al canibalismo de los sobrevivientes. De hecho el libro se tituló *Tabú* en alguna de las ediciones. Ver el sitio oficial de los sobrevivientes www.viven.com.

con la parte exterior de los cuerpos que estaban expuestos al sol, y había también otras partes adheridas a los esqueletos abandonados alrededor del avión [...] Lo que hacían era tomar el intestino delgado, extraer el contenido del interior y cortarlo en pequeños trozos que comían. Tenía un sabor fuerte y salado. La carne descompuesta que tomaron después, tenía sabor a queso. El siguiente descubrimiento que hicieron en su búsqueda de nuevos sabores y nuevas fuentes de alimentación, fueron los cerebros de los cuerpos que ya habían abandonado. Canessa les había dicho que aunque no tenían mucho valor nutritivo, contenían glucosa, la cual les daría energía. El había sido el primero en tomar una cabeza, hacer un corte en la frente, arrancar el cuero cabelludo y romper el cráneo con un hacha. Entonces se repartían los sesos para comerlos mientras estaban congelados o bien se usaban para hacer cocido; el hígado, intestinos, carne, grasa y riñones, bien cocidos o crudos, se cortaban en pequeños trozos y se mezclaban con cerebros. De esta forma sabían mejor y eran más fáciles de comer (182).

La relación con otras sopas de caníbales “salvajes” presentes en el imaginario colectivo occidental es evidente como veremos. Y se hace más nítida desde el momento en que comienzan a usarse los cráneos como recipientes:

La dificultad [para comer esas sopas] consistía en la escasez de escudillas porque, antes, la carne la servían en platos, bandejas o trozos de aluminio. Para ese cocido caldoso Inciarte usaba una bacía. Otros empleaban la parte superior de los cráneos —había cuatro escudilla hechas de cráneos—y algunos las hicieron de hueso (182).

Y finalmente, en esa búsqueda de sabores, incluso cuando no había escasez porque encontraron nuevos cadáveres, llegaron a “cosechar” pulmones podridos:

Después de una expedición Vizintín necesitaba recobrar fuerza...

Aquella misma tarde recorrió los alrededores del avión recogiendo todos los pulmones que pudo encontrar y fue amontonándolos en una bandeja. Hasta entonces los habían despreciado y nadie se había preocupados de cubrirlos de nieve; por esa razón habían comenzado a pudrirse [...] Los otros miraban a Vizintín mientras éste hacía su cosecha y dejaba la carga en el lugar que le correspondía en el techo del avión.

— ¿Vas a comerte eso? Le preguntó alguien.

— Sí.

— Te pondrás enfermo.

— No, no me pondré. Músculo me dijo que se podía comer.

Lo observaban mientras cortaba en pedazos la carne podrida y se los comía. Cuando al día siguiente vieron que no le había sentado mal, algunos siguieron su ejemplo. Lo hacían en busca de nuevos sabores y no porque tuvieran escasez, pues al derretirse la nieve habían aparecido los cuerpos de los que habían muerto

durante o después del primer accidente. Todos los cuerpos estaban perfectamente conservados por la nieve y como eran los primeros que habían muerto, tenían más y mejor carne que los de quienes murieron durante el alud o después [...] Ahora ya no tenían necesidad de comer pulmones e intestinos en mal estado, que pertenecían a los cuerpos que habían descuartizado las semanas anteriores, pero la mitad de los jóvenes continuaron haciéndolo porque tenían la necesidad de sabores más fuertes. A estos muchachos les había costado un supremo esfuerzo de voluntad comer carne humana, pero una vez que comenzaron y continuaron haciéndolo, se les había abierto el apetito de comer, y el instinto de sobrevivir era como un tirano que no sólo les exigía comer a sus excompañeros, sino que llegaron a acostumbrarse a hacerlo” (217)¹⁴.

Incluso Pedro Algorta, que fue de los que inicialmente se resistió más a comer carne de los compañeros muertos,

...ahora era él, cuando descubrieron el cuerpo del que primero cortaron carne, quien se sentó en un almohadón armado de un cuchillo y cortó la carne medio podrida que todavía quedaba en los hombros y costillas. Par él y para los otros era más difícil todavía comer aquellas partes humanas más fácilmente reconocibles, como las manos o los pies, pero lo hacían de todas formas (218).

Aunque todo el relato merece contrapuntos comparativos entre mundos occidentales y mundos indígenas solo me referiré aquí al motivo de las sopas de carne humana¹⁵.

Evidentemente en el imaginario popular europeo han resonado recetas de carne humana como prueba de un sistema culinario caníbal. Pero desde luego estaban vinculadas a “primitivos” o a seres de leyenda. La receta tupinamba y la receta occidental de fraile preparada por gitanos en el siglo XVI son quizá inconscientes ecos de un diálogo caníbal de amplio alcance.

Narraba Stadem en su *Verdadera Historia y Descripción de un país de salvajes desnudos*, que tras ser desollados los muertos, “las mujeres guardan sus intestinos y los hierven, y del caldo hacen una sopa que se llama mingau, que se beben ellas y los niños. Se comen los intestinos y también la carne de la cabeza; los sesos, la lengua y todo lo demás son para las criaturas” (218).

Y decía así la historia romanceada en 1617 en la *Relación verdadera de las crueldades y robos grandes que hazían en Sierra Morena unos Gitanos*

¹⁴ Más de una vez los sobrevivientes se enfrentaron a la pregunta: ¿A qué sabe la carne humana? Javier Methol, responde: «El sabor de la salvación. Nosotros no comimos, no saboreamos esa carne. Nosotros nos salvamos con ella. Tiene el mismo gusto de la hostia, el cuerpo de Cristo. El sabor de la salvación no se percibe en la boca, sino en el alma» (web oficial).

¹⁵ Otros podrían ser el uso de cráneos como recipientes y los huesos como utillaje culinario.

salteadores, los cuales mataron un Religioso y le comieron asado, y una Gitana, la cabeza cozida y de la justicia y castigos que destos se hizo.

Desnudan al frayle pobre
y, sacándole las tripas,
hazen pedaços su cuerpo
como fieros trogloditas.
Y entre los fieros gitanos,
dos dellos se determinan
a comer su cuerpo asado
¡Qué lastimosa comida!
Cortan leña, encienden lumbre
y espetan carne aprieta;
en asadores de palo
asan con grande alegría.
Antojose a una gitana
comer del frayle cozida
la cabeça, y al momento
la ponen a coçer limpia (Díaz 1982: 26).

5. *Las constancias arqueológicas de una tradición caníbal occidental*

El siglo XXI se inicia en el campo de la arqueología con algunos avances tecnológicos que permiten dilucidar, entre otras muchas cosas, con mayor precisión si la dieta de los hombres prehistóricos incluyó la carne humana. Las confirmaciones vienen una detrás de otra. Los arqueólogos de Atapuerca recientemente han descubierto y difundido la presencia de canibalismo en restos de hace 800.000 años. La deglución popular de ese dato no tiene desperdicio. El diario español *Público* ponía el acento en la cercanía del canibalismo a España con un titular ciertamente llamativo: “Más de 8.000 siglos de canibalismo español. Los restos de Atapuerca confirman que la antropofagia era común”. Nada mejor para emparentar a occidente, o al menos a España, con el canibalismo que esa convergencia que da la identidad nacional: ya no es el hombre prehistórico (o para ser exacto el *homo antecesor*) informe y sin identidad quien fue caníbal sino que se trataba según el periódico de un español del pasado.

Pero si cotejamos ese titular de la noticia con el cuerpo de la misma que daba el diario *El Mundo* en su edición electrónica, la emotividad toma un tono de inquietud. Porque esos españoles lo que practicaron en realidad fue un “macabro festival caníbal”:

Hace 800.000 años tuvo lugar en Atapuerca un macabro festival caníbal. Así lo demuestran los nuevos fósiles encontrados en el estrato Aurora del yacimiento de la Gran Dolina, donde se han hallado fósiles de al menos 10 individuos, casi to-

dos ellos niños y niñas de corta edad, que fueron devorados por sus congéneres. Todos los indicios sugieren que un campamento de ‘Homo Antecessor’ fue atacado por un grupo de personas de la misma especie, pero de diferente grupo. Son las evidencias más antiguas de antropofagia de la historia de la humanidad.

La prueba no sólo está en los fósiles de niños encontrados en diversos lugares del yacimiento sino en una gran cantidad de cuchillos de cuarcita y sílex, con borde abrupto y filo muy marcado, que han aparecido en la Gran Dolina, y que probablemente fueron utilizados para descuartizar los cadáveres de los niños, en una práctica “más cultural que gastronómica”.

Hasta ahora, los expertos pensaban que el canibalismo había sido un hecho puntual en Atapuerca. Nos habíamos equivocado. Los nuevos hallazgos nos llevan a pensar que practicaron el canibalismo seguramente durante cientos de años’, explicó Eudald Carbonell, codirector de Atapuerca. Lo que hemos encontrado revoluciona el conocimiento de la especie ‘Homo Antecessor’, aseguró.

Y las pruebas arqueológicas recogidas en Atapuerca, concretamente en el nivel TD6 de Gran Dolina, no dejan lugar a dudas sobre la presencia del canibalismo: “No se trata de un episodio aislado sino que podemos afirmar que el *antecesor* formaba parte de la dieta de los humanos al igual que los ciervos” (www.fundacionatapuerca.org).

El popular programa radiofónico *La rosa de los vientos*, que conducía Bruno Cardenosa en Onda Cero, narra con un peculiar estilo que combinaba la fascinación y el misterio lo que había sucedido en Atapuerca¹⁶:

...lo hallado en aquel TD6 no dejó de sorprender a los investigadores; el lugar conocido como Gran Dolina era un auténtico baúl de huesos; entre los sedimentos de tierra hallaron hasta 86 fósiles humanos. Dedujeron que se trataba del primer cementerio colectivo de la historia. En aquel entonces el responsable de aquello había arrojado los cadáveres al lugar, pero había más: los huesos estaban descarnados ¿por qué? El informe presentado al respecto por la Universidad Rovira i Virgili es más que clarificador: fueron cazados, despellejados, cuarteados y comidos por dentro. Les arrancaron la cabeza del tronco, les extrajeron el cuero cabelludo; finalmente accedieron al tuétano de los huesos [...] fue el acto de canibalismo más antiguo que conoce la historia de la evolución. Comieron la carne y las entrañas, especialmente el cerebro [...] es como si buscaran algo ahí.

A partir de ese momento se inició una gran discusión. Se trataba de decidir si era un acto de canibalismo con objetivo puramente alimenticio o algo más, porque había algo extraño: todos los hombres arrojados a la Gran Dolina eran adultos jóvenes, no había niños ni ancianos.

Finalmente los investigadores del instituto de Paleontología humana de Francia dedujeron que había sido un acto de canibalismo ritual. En suma una conducta de tintes religiosos, algo que los investigadores no esperaban encontrar en hom-

¹⁶ Las emisiones radiofónicas de este programa están recogidas en la websonora «Enigmas» (<http://enigmasmundo.googlepages.com>) El episodio titulado *Canibalismo en Atapuerca* lleva el número 185.

bres tan primitivos porque se suponía que tal cosa, una muestra de mente simbólica, no se había dado hasta tiempos mucho más recientes.

Todo eso significaba que probablemente en aquella zona época, habían existido combates entre diferentes grupos zonales. En aquellas grescas a muerte participaron los individuos más preparados físicamente hablando de cada bando; así, los que habían quedado enterrados de tal modo eran los perdedores, mientras los ganadores en la batalla habían llegado a la conclusión de que ingiriendo las entrañas de aquellos guerreros ingerían sus cualidades; en suma, ingerían su alma.

Con esa generalización y con la fácil relación en el imaginario popular entre español prehistórico-caníbal-macabro-devorador sería posible algún tipo de inquietud que se podría resolver con críticas como las que se hicieron a ese titular descabellado marcando distancias: no eran españoles y estaban tan alejados como los 800.000 años que nos separan. Sin embargo los arqueólogos en estos últimos años se han acercado más en el tiempo: no sólo el *homo antecesor*, también *sapiens* y el *neanderthal* habrían sido caníbales.

Por ejemplo, en 1987 se publicaban los resultados de la investigación Arqueológica en Fontbregoua (Provenza) y se hacía hincapié en el dato descubierto de que los moradores en esa gruta, hace 6.000 años —hombrés neolíticos— eran caníbales.

Y entre los *antecesor* y los neolíticos toda la línea intermedia. En diciembre de 2006 el CSIC emitía una nota de prensa para publicitar los avances de la investigación arqueológica de Antonio Rosas y otros. La nota se titulaba “El CSIC coordina un estudio que constata que hubo episodios de canibalismo entre los neandertales del Cantábrico” y decía “El estudio de los restos óseos pone de manifiesto la presencia de marcas de corte y fracturas que fueron provocadas por los propios neandertales de El Sidrón, lo que evidencia la práctica del canibalismo. La investigación vincula esta costumbre a los episodios de estrés alimenticio o carencia nutritiva que sufrieron los individuos analizados” (Rosas 2006: 19269).

Pero en ese acercamiento, por vía de filiación podríamos decir, no se trata sólo de valorar la cercanía temporal sino de la transmisión de esa cercanía. Significativamente los panelistas que han trabajado para representar museísticamente este canibalismo prehistórico recrean, tal vez de manera inconsciente, los modelos que ya hemos señalado y que se usaron para representar el canibalismo occidental y de ahí el de “primitivos”. Podríamos decir que en la convergencia de representaciones se cierra el círculo del pan-canibalismo.

Y quiero referirme a la primera de las ilustraciones de esta fotogalería que presento y que no corresponde a prehistóricos de Atapuerca sino a la

cueva de la famosa familia del caníbal escocés Sam Beane. Aquí encontramos varios elementos que hemos visto para justificar el diálogo caníbal (cabeza decapitada, hachas y otros instrumentos de tecnología carnicera...) y que se repiten en las representaciones de caníbales prehistóricos. Pero ahora quiero referirme a la cueva. La cueva es lugar mítico del canibalismo en el imaginario popular: en cuevas viven muchos de los caníbales de la selva de las películas que he referido, la oscuridad de la cueva como confín de los confines está presente en los paneles pedagógicos de Atapuerca y la cueva es la gran casa de los Beane escoceses. En las cuevas convergen, como sabemos, muchos de los caracteres asignados al primitivismo; entre ellos no podía faltar uno de los más importantes, el canibalismo.

II. CANIBALISMO SIGLO XXI. OBJETO DE CONSUMO Y FIN DE LA INOCENCIA

Llegado el siglo XXI nos encontramos con múltiples evidencias de que en el imaginario popular la ecuación canibalismo = otredad es cada vez más insostenible. Las piruetas para alejar las evidencias del diálogo intenso, prolongado y natural se han ido demostrando cada vez más ineficaces. En esa tesitura y con el acercamiento del canibalismo a occidente que hemos apuntado, parece que se está ensayando una nueva estrategia en estos inicios del siglo XXI que consiste en sugerir sendas que llevan a vincular el canibalismo con el juego y con el negocio, con la filantropía y con nuevas formas de subalternidad. Así podemos ver cómo en la búsqueda de la aventura total se pueden ofrecer viajes a los países de caníbales de los que uno regresa transformado en ser más auténtico, cómo el canibalismo puede entrar a formar parte de performances artísticas o cómo vira hacia cierta comprensión del tráfico de órganos.

1. *Turismo, aventuras y reality shows caníbales en el siglo XXI*

Buscar viajes exóticos se ha convertido en un icono de distinción en el comienzo del siglo XXI. Vivir una aventura en el viaje se puede medir de muchas formas: por la rareza de sus paisajes, por los animales distintivos que habitan el destino y, sobre todo, por diferencia cultural de quienes allí viven. Y si se busca un marcador de la lejanía cultural nada más a propósito que el canibalismo. Ningún viaje se igualará a aquel que nos puede llevar a las puertas del canibalismo. Ninguno por tanto como el viaje a Papúa Nueva Guinea.

El número de noviembre de 1996 de la versión en castellano de la popularísima *Selecciones de Reader's Digest* titulaba en la portada el reportaje



Fig. 8: Representaciones de caníbales prehistóricos de Atapuerca y litografía de la familia de Sam Beane.

estrella de ese número: “En tierra de caníbales”, con el relato de Paul Raffaele de su expedición a la selva tropical de Nueva Guinea. Respondiendo al protocolo de la narración exotizadora, primero se presenta el hábitat extraño, salvaje y peligroso:

Desde la primera luz del alba nuestra expedición avanza por un pantano de la selva tropical de Nueva Guinea, entre cieno y aguas oscuras y malolientes que en ocasiones nos llegan a la cintura. Arriba, la vegetación forma una bóveda tan densa que sobre el empapado suelo desciende una penumbra catedralicia. A nuestro alrededor vuela un ejército de enormes mosquitos anófeles, los trasmisores del paludismo. De repente se oyen a lo lejos unos gritos de guerra que suben y bajan de tono bruscamente. Agung, mi guía de 30 años, me coge del brazo: —Son korowais —dice en voz baja. Reanudamos la marcha seguidos por los escalofriantes gritos. Me ha llevado una semana llegar a los apartados dominios de esta tribu, que vive en casas sobre los árboles y come carne humana. Ahora es tarde para volverse atrás.

Uno de los jefes korowais, Agoos, le comenta sin embargo que el canibalismo no es frecuente, que el último que presencié se celebró dos años atrás. Pero su breve comentario condensa y recrea el imaginario popular en torno al canibalismo: “Cuando yo llegué mis amigos estaban terminando con el brazo de un hombre”.

Pero el tópico de la aventura lo encontramos en el mismo lugar a través del relato de uno de los aventureros más populares de España, César Pérez de Tudela. El reportaje de su aventura, publicado en el N.º 214 de la Revista *Más allá de la Ciencia* se titula significativamente “Los últimos caníbales: expedición a la selva de Irian Jaya”. El protocolo retórico de viaje al confín de la tierra y de la humanidad se sigue a rajatabla con algunos argumentos narrativos del género que se ha ido construyendo y que repaso de forma secuenciada:

1. Paisajes vírgenes y salvajes:

Muy pocos viajeros se habían decidido a cruzarlas [selvas] después de la muerte del antropólogo y coleccionista de cráneos estadounidense Michael Rockefeller a principios de la década de 1960. El suceso conmovió al mundo entero, pues presumiblemente fue devorado por los asmat, la cultura más conocida y estudiada de la zona gracias a algunas expediciones científicas y periodísticas¹⁷. Es éste un mundo remoto, sin referencias, a pesar de que nos encontramos al inicio del siglo XXI, en plena revolución de las comunicaciones y la información.

2. Búsqueda de “tribus perdidas” y retorno a la edad de piedra:

... es como volver a la Edad de Piedra. Al sur de esas montañas está el universo de los aborígenes...

3. Viaje duro y peligroso:

Enfadados, llenos de barro y maldiciendo el calor alcanzamos un curioso poblado en el que se veía orden y planificación.

4. Por la noche escucha una conversación inquietante:

Allí, con nosotros sentados y ellos en cuclillas —la postura del primate—, fui testigo de una conversación inquietante... y lenta, pues se desarrollaba en dos o tres

¹⁷ En la información sobre esta expedición que ofrece en su web, Pérez de Tudela da esta información etnográfica: “Alguna cultura, como la de los asmat de Nueva Guinea es la zona de la Tierra en donde actualmente está más extendida la antropofagia activa, y que también practican la costumbre previa de los ‘cortadores de cabezas’. Son las mujeres las que incitan a los hombres a cortar cabezas enemigas, inspiradas en la ‘Mantis religiosa’ simbólico mordisco de la hembra arrancando de cuajo la cabeza del macho durante el emparejamiento” (de la web).

lenguas. Nuestros guías mostraban una gran paciencia al traducir las preguntas contumaces de Vicente, que siempre quiere saber más. Se estaba hablando de canibalismo, de matar a otros... pero con naturalidad, sin temor. El encargado de responder a nuestras preguntas era un aborigen de pequeña estatura al que los demás respetaban y obedecían. Yo no quería comer carne humana. Sabía que estaba mal. Así me lo habían advertido los misioneros —decía—. No quise participar en aquel asalto a un poblado enemigo, en el que cazaron a uno de sus habitantes y lo dieron muerte. Después lo trocearon, lo cocinaron y se lo comieron. Así se ha hecho siempre. Los sesos y las vísceras son lo mejor.

5. Esos son los indígenas caníbales que venían buscando:

Vicente y yo queríamos llegar a una de esas aldeas en las que viven en los árboles los indígenas desnudos que veníamos buscando.

6. Ante el miedo a los caníbales, demostración de poder:

Entonces decidimos tirar una bengala.

La gente se asustó tanto que mi gesto estuvo a punto de colocarnos en una situación peligrosa. Pero habíamos llegado a la conclusión de que teníamos que hacer creer a esa gente que éramos poderosos mostrándoles lo que tomarían por un arma. La bengala explotó en el aire e iluminó con su luz blanca doscientos metros de selva en la oscura noche. Los rostros negros se mostraron impresionados y pidieron más. Pero yo, con forzada seriedad, me negué terminantemente a repetir el espectáculo. Ya había conseguido el efecto que buscaba.

7. Llegada a la tribu caníbal y tenso encuentro:

Nos avisaban de que nos estábamos acercando a nuestro destino. Y debía de estar ya muy próximo, pues se mostraban un poco nerviosos. ¿No serán agresivos con nosotros?, preguntamos a nuestro guía. Recibimos una sonrisa por respuesta. Proseguimos, entre curiosos y tensos, hasta adivinar la silueta de una casa colgada de los árboles a casi quince metros de altura. Al otro lado había otra a una altura menor y luego otra, y otra... Nos dirigimos hacia una casa oscura y extraordinariamente primitiva en la que había dos mujeres y algunos niños...

8. Canibalismo y otros complementos del perfil salvaje:

Los hombres iban desnudos y se protegían el pene con una hoja que pendía de la liana que les rodeaba la cintura. Las mujeres llevaban unas falditas de corteza de sagú, el árbol que les cobija y del cual sacan una especie de harina. En este árbol viven también, colgados a unos metros de unos suelos permanentemente inundados y protegidos quizá de los moradores de los poblados vecinos, que de vez en cuando les atacan para proveerse de proteínas humanas.

9. Relatos de caníbales¹⁸:

Hacía sólo unos meses habían devorado a un misionero canadiense que se empeñó en visitarles dos o tres veces. El jefe dijo que le molestaba y le disparó la pri-

¹⁸ En la web de César Pérez de Tudela hay algunos relatos más: «Cortaban la cabeza de los enemigos para que el jefe del clan se comiera el cerebro del fallecido. El resto

mera flecha. Después recibió cinco o seis más. A continuación le cortaron la cabeza, que siempre es objeto de un trato diferente, y lo descuartizaron. Lo comieron todos, incluidos mujeres y niños. Lo contaban con sencillez, con naturalidad, sin ninguna conciencia de culpa. Se alimentan de un animal de su misma especie.

El reportaje termina con una reflexión acerca del “canibalismo ayer y hoy”, con referencias exóticas al canibalismo de la isla de Sumatra, donde “Losatak vendían carne humana en sus mercados hasta la colonización de su territorio.” O de África, donde “El ex presidente de Guinea Ecuatorial Francisco Macías fue acusado de comer cerebros, hígados y dedos humanos” y los dogones que “ingieren el prepucio de hombres vivos en ciertas ceremonias”.

Pero en este siglo XXI que comienza, ir al encuentro de caníbales ya no está sólo al alcance de avezados aventureros, cualquier amante del turismo alternativo puede lograrlo. Una agencia de viajes ofrece hoy este viaje expedición: “Expedición Papua Nueva Guinea. Korowais – Asmats” (Taranná Club de viatges). Y lo ofertan del siguiente modo:

Planteamos una nueva ruta en una de las zonas más desconocidas de la zona Indonesia de Papua, el territorio de los Korowais. Una etnia que vive actualmente con sus costumbres prácticamente intactas a excepción de la influencia ejercida por los misioneros llegados a este territorio hace ya algunos años. Son gente que viven inmersos en su entorno, una exuberante selva los envuelve tanto a ellos como a su característica manera de vida. Son peculiares sus casas, las cuales construyen en lo más alto de los árboles para así protegerse tanto de sus enemigos como de los animales que abundan en esta zona. Son conocidos por sus prácticas de canibalismo, las cuales a día de hoy han dejado de practicar de manera general, a excepción de una sub-tribu conocida como Korowais Batú, los cuales viven muy adentro de la selva y que por razones obvias, no son visitados dada la peligrosidad que puede comportar llegar hasta ellos (www.taranna.com).

Después de estar con los korowais,

...navegaremos durante tres días por ríos nada explorados por el turismo, con la finalidad de llegar hasta el territorio Asmat, en plena costa del sur de West Papua. Esta etnia, antiguamente era una de las más fieras de la zona, conocidos por sus prácticas de canibalismo y cortadores de cabezas entre sus enemigos, en la ac-

de la tribu, incluidos mujeres y niños, se dividían el cuerpo y lo cocinaban al fuego de la hoguera. Frecuentemente los hombres dormían sobre las calaveras de sus enemigos... Las mujeres asesinaban a su primer hijo y lo aplastaban contra una roca. Después, le daban el cadáver a los cerdos para que no quedara ningún resto que pudiera acercar a los espíritus malignos y traer desgracias al pueblo. Durante un año, estas mujeres amamantaban con sus pechos un lechón para demostrar que era buenas madres. Sólo entonces la tribu le permitía tener su segundo hijo y poder criarlo («Los caníbales de Papúa» www.ovejaselectricas.es).

tualidad la influencia de los misioneros ha hecho que estas costumbres se pierdan, pero así y todo siguen conservando sus costumbres ancestrales (*ibid.*).

Y un hito más, el canibalismo entra a formar parte de los *reality shows* llamados “isla de los famosos”, “supervivientes” y otras secuelas. Vanesa Sáiz (2005) ha estudiado una de las últimas ediciones españolas de la llamada “Aventura en África”. En su trabajo, subtítulo “Canibalismo de la diferencia: una puesta en escena”, apunta que el *reality* tiene estas características que condensan todas las proyecciones que sobre el imaginario popular europeo han tenido los “pueblos primitivos”: Animalización de los nativos obtenida a través de su asimilación con el paisaje y por sus prácticas alimentarias. Primitivismo por su asociación con culturas ancestrales, en contacto con la naturaleza, no mediada por la tecnología y por su pertenencia a una ‘tribu’ término relacionado con el salvajismo, la promiscuidad sexual, la estupidez y la inarticulación social de los hombres salvajes. Exotismo observable en ropas y elementos decorativos: proliferan en el *reality* las máscaras, el bastón de mando, las armas para cazar, las antorchas, los collares, la música de percusión. Y, finalmente, salvajismo, que quizá sea un rasgo que condensa los anteriores y que expresivamente tiene mayor fuerza emotiva.

El concurso trataría según la misma investigadora de mostrar un proceso de pérdida de la civilidad y acercamiento a lo salvaje a través de los efectos del hambre sobre los concursantes, por ello les expone a pruebas en las que tendrán que comer alimentos tildados de ‘asquerosos’ y ‘repugnantes’ y que, por otro lado, se plantean como parte de la dieta de los otros auténticos. Comienzan con un acto, cercano a lo caníbal, como es el ‘cocktail’ de leche y sangre de búfalo africano recién sacrificado. Y ya en una de las últimas pruebas se les enfrenta a lo siguiente:

Vamos a poner a prueba cómo os habéis adaptado al medio, hemos escogido unas comidas, digamos que autóctonas, bueno lo más exquisito no es pero es lo que hay..., dice la presentadora. (La mesa es una ruleta con forma de cabeza de gallo, en la que hay diversos platos que les tocan por sorteo) Tuétano de cebra, un alimento que era una delicatessen en la época de las grandes cacerías, ahora es difícil encontrarlo. (Comienzan las arcadas de los concursantes, mientras uno de ellos trata de que contrarresten el asco imaginando sandías) ¿No teníais hambre, no queríais comida? (De fondo sonoro se oyen cánticos reconocibles como voces de niños, presumiblemente masais) Testículos de buena, tienen un sabor bastante malo pero tienen un valor muy nutritivo. Ojos de cabra, una deliciosa...están deliciosos cocinados, lástima que estén crudos. Tenemos de todo oiga. Lengua de dik-dik los que son como ciervos chiquitines que nunca se separan... gacelas que abundan por el parque de Tsavo. Suculento menú.

Todo este proceso termina con la apoteosis del salvajismo proponiéndoles que desgarran una vaca cruda a mordiscos, de la que los ganadores

se podrán comer lo que hayan conseguido morder. Esta será la mejor prueba de que han conseguido adaptarse al entorno, servirá para comprobar “en qué clase de depredadores se han convertido”.

2. *Arte caníbal*

Otra manera de intentar fagocitar el canibalismo sería a través de lo que podríamos llamar sublimación artística de la antropofagia.

Aunque ha habido varias experiencias artísticas en ese sentido, me centraré en la más llamativa y la que mayor repercusión ha tenido en los medios. Se trata de la *performance* del artista chino Zhu Yu titulada “Comiendo gente” y que presentó en la bienal de Shanghai de 2000. El relato de esta *performance* (que se corresponde con la secuencia de fotografías de la misma que se pueden ver en decenas de sitios web) refiere que el artista adquirió el feto en un hospital, lo cocinó asándolo en un horno y tras servirse en la mesa lo fue comiendo con total naturalidad.

La noticia produjo un importante impacto en China y en occidente: no era un nativo primitivo sino un artista culto quien comía carne humana. El impacto se hacía más intenso porque se vinculaba con otras *performances* del llamado arte extremo chino que remitían a actitudes primitivas. Por ejemplo, en la serie “Obsesión con lesiones” Zhu Yu se cortaba un trozo de piel de su cuerpo y era cosida a una pieza de cerdo; en otra actuación los artistas Domingo Yuang y Peng Yu se sentaron en sillas contiguas transfundiendo sangre para la conservación de los cadáveres de dos pequeños hermanos siameses. Y el mismo Yu Peng también participó en otra actuación que consistía en la extracción de petróleo a partir de la grasa del cadáver de un niño. Según Carlos Rojas (2005) las actuaciones de “Obsesión con lesiones” tratan de superar supuestos convencionales acerca de la corporeidad humana. Pero si bien es común en el llamado arte extremo chino el ejercicio de violencia sobre el cuerpo, en el caso de “Obsesión” lo notable es el uso real de carne humana. Se llega a hablar de la carne-arte como expresión del arte chino de vanguardia.

La polémica en torno a este arte caníbal llegó al máximo cuando la televisión británica emitió un documental dos años después de la bienal sobre el arte extremo chino. En ese reportaje Yu Ji se encerraba desnudo un día entero en una jaula de cristal con pollos, Gao Feng bebía de una botella con un pene dentro (de la despensa de Zhu) y Yuan Cai y Jian Ji Xi corrían desnudos por Londres con un osito de peluche.

Podríamos decir que son todas formas expresivas de un salvajismo occidental que tiene también fijación en el canibalismo. Pero por otro lado el

hecho de ser arte rebaja el negativismo moral que el otro canibalismo (y el otro salvajismo en general) había tenido para los ojos occidentales, a pesar de que muchos espectares bramaron contra la emisión. Se dijo que iba contra las enseñanzas de Jesucristo y el gobierno de Pekín llegó a anunciar penas de diez años de cárcel a los artistas que experimentaran con cuerpos humanos. Contra eso Zhu razonaba con obviedades: “Ninguna religión prohíbe el canibalismo. Ninguna ley dice que no se pueda comer carne humana. He aprovechado ese espacio vacío entre la moral y la legalidad para desarrollar mi trabajo”,

En 2007 Zhu Yu volvía al centro del debate al difundirse que se había hecho vegetariano. Con la noticia se volvían a recordar y a difundir sus actuaciones en “Comiendo gente” y otras como la *performance* también de orientación caníbal en la que trituró cerebros humanos y los vendió en tarros de mermelada en un supermercado a 10 euros.

3. *Neo-Canibalismo en los hospitales*

Un aspecto especialmente crítico de algún tipo de paternidad occidental respecto al canibalismo se refiere a lo que Nancy Shepper Hugges llama neocanibalismo (1998) y que se vincula con la instalación de órganos en un cuerpo procedentes de otro como consecuencia de un tráfico que bordea o claramente sobrepasa los límites de la ley.

Este nuevo canibalismo tiene una expresión clara: la carne de unos (sus órganos) entra en el cuerpo de otros tras una intervención quirúrgica y marca diferencias: “los donantes de órganos, excluidos e invisibles; y los receptores de órganos, altamente visibles” (Nancy Scheper Hughes 2004: 199).

Estaríamos en una versión de canibalismo al revés: ahora el caníbal, el que ingiere la carne humana del otro, no es el periférico sino el central. Y ese cambio de protagonistas viene acompañado de un cambio ideológico. Si en el pasado ingerir carne del otro convertía al comensal en sujeto despreciable y lo colocaba en la periferia (el caníbal ha sido el indígena, el primitivo prehistórico, el loco, el hambriento...), ahora el comensal receptor deja de serlo y todo el proceso de trivialización de la antropofagia juega a su favor para mantenerse en la centralidad social.

En el pasado el canibalismo occidental era expresivo de algún tipo de animalidad anómala o de posesión demoníaca. Los caníbales occidentales debían convertirse previamente en hombres-lobo para matar y comer gente o en vampiros para chupar su sangre o se convertían en caníbales por tener instalado dentro un demonio o un indio desubicado. Un solo ejemplo esclarecedor: en 1794 se publicaba en Boston una hoja volandera firmada por

un tal Sawny of Pockonocker y que llevaba el título de “*The Indian’s Pedigree: Qui Capet Ille Facit*”, esta hoja volandera romanceada volvía a repetir un tipo de filiación maligna de los indios de América: aquella que les daba la ascendencia de Satán, pero significativamente se hace otra alusión a la maldad del indio, está venía dada por otro pedigrí que también traen en su sangre, nada menos que el del caníbal Sam Beane (Mandell 2000: 521-22). Así se expulsaba del entorno occidental el fantasma del canibalismo: aquí era una rareza de locos, allí parte de su consustancial naturaleza.

Pero con el acercamiento que ha habido a lo largo del siglo xx. parece que eso ya no está tan claro: comer carne humana transforma pero no necesariamente hacia la satanización.

En la referida película *Viven* se desencadena el siguiente diálogo en el contexto de la discusión sobre comer o comer la carne de los muertos:

- Yo no comeré, prefiero morir. Creo en Dios y temo que me juzgue si hago una cosa así.
- Pero el nos ha puesto aquí.
- Puede que sí, como prueba. Para ver si somos civilizados.
- Yo creo que no será incivilizado. Creo que Dios quiere que hagamos caso a nuestro corazón usando la razón, luchando para vivir.
- ¿A cualquier precio?
- No, no debemos matar inocentes para sobrevivir.
- Y nuestra inocencia ¿qué será de nuestra inocencia si sobrevivimos como caníbales?

Me parece especialmente interesante este pequeño debate en torno a la civilización y la inocencia. Esa idea sobre el fin de la inocencia parece sugerir un cambio de tendencia, un acercamiento del canibalismo a la comunión mística. Desde entonces se han dado más pasos que aluden a la transformación personal que se opera con el canibalismo o, al menos, a través del contacto directo con el canibalismo: César Pérez de Tudela y muchos otros que viajaron a los confines caníbales explican que retornan de esa experiencia siendo otros (más buenos, más humanos, más sensibles, más ecologistas...) y lo mismo refieren los concursantes que retornan de esos *realitiys* de aventura extrema en la selva. Para mi argumento resulta especialmente atractiva la sugerencia de Vanesa Sáiz respecto a lo que pasa al terminar el concurso que ella analiza de la aventura en África: “Todos los participantes, miembros del nosotros, regresan a la civilización ‘transformados’, cambiados tras una experiencia única con la que construir memoria y que para los espectadores se traduce en su discurso de autoconocimiento y en la adopción de un nuevo ‘look’ étnico para alguno de ellos, sobre todo en su primera aparición en el plató tras el regreso, donde se deja sentir la ‘huella’ que ha dejado África sobre sus cuerpos” (2005: 13) y sobre sus mentes añadiría yo.

Con esos precedentes está el terreno abonado para otros juegos delez-nables como el que se ofrece al caníbal japonés que tiene en televisión un programa de cocina, como el de los llamados restaurantes caníbales tam-bién japoneses... y sobre todo el juego menos inocente del trasplante de “órganos frescos”.

III. CODA. EL BUCLE ANTROPOLOGÍA-ANTROPOFAGIA

Es tremendamente llamativo comprobar cómo en las películas que he referido de caníbales de la selva aparecen muchos protagonistas que son antropólogos culturales. En *Emmanuelle y los últimos caníbales* la protago-nista quiere hacer un reportaje sobre una tribu caníbal que creían extingui-da. Para ello contacta con el antropólogo Mark Lester que viajará con ella; en *La montaña del Dios caníbal* (1978) la expedición a tierra caníbal está integrada por un antropólogo Stanley Keach para encontrar a otro antropó-logo que se ha perdido mientras investigaba en la selva; en *Holocausto ca-níbal* (1979) el Dr. Monroe, antropólogo cultural, es el principal protago-nista; en *Los primitivos* (1979) tres estudiantes de antropología (Rita, Robert y Tomy) se dirigen a la selva para estudiar las costumbres de los indios caníbales; en *La Diosa bárbara. Una mujer para los caníbales* (1979) el pro-tagonista es un experto en costumbres tropicales que viaja a la selva de Malwi donde es atacado por una tribu caníbal; en *Holocausto zombi* (1980) una de las protagonistas es la antropóloga y enfermera Lori Ridway que viaja a la selva Indonesia para averiguar el origen de ciertos casos de canibalismo que habían sucedido en un hospital de Nueva York. En *Caníbal feroz* (1981) una estudiante de Antropología, Gloria Davis viaja a ámbitos supuestamen-te caníbales de la Amazonía para realizar su tesis doctoral sobre la hipóte-sis de que el canibalismo no ha existido ni existe sino que es un invento colonialista¹⁹. Evidentemente en su viaje se encuentra con multitud de caní-bales. Ella logra sobrevivir y regresar a Estados Unidos donde termina su Tesis que es aprobada con sobresaliente *cum laude*. Una Tesis que tiene el sorprendente título de *Canibalismo. Fin de un mito*²⁰.

Dos años antes de esa película Arens publicaba su famoso y controver-tido libro *El mito del canibalismo. Antropología y Antropofagia*. La tesis co-

¹⁹ Delli Colli, la antropóloga protagonista defiende una postura totalmente distinta. En una escena de la película *George* le pregunta “¿Los nativos de Molotto practicaban el canibalismo?” la antropóloga contesta sin dudar: “Todos los nativos primitivos lo hacían, sin excepciones”.

²⁰ Cabe decir que esta película fue la más famosa del género (incluso más que *Holo-causto caníbal*), habiendo recaudado más de medio millón de dólares en Estados Uni-dos a lo largo de las tres primeras semanas. Actualmente existen 31 ediciones diferentes de la película en DVD.

nocida de Arens respecto a la construcción occidental del mito del canibalismo para conformar una identidad positivizada frente a una otredad deleznable por salvaje y caníbal (“la idea de la naturaleza caníbal de otros es un mito en el sentido de que, primero, tiene una existencia independiente sin relación alguna con la realidad histórica, y segundo, contiene y transmite mensajes culturales significativos para quienes lo mantienen”, 1981: 164), se reforzaba con la reflexión del antropólogo alemán, Edwin Frank que en esos años también estaba investigando sobre la presencia real del canibalismo en el Amazonas. Este antropólogo no había encontrado en ninguna publicación que aludiese al asunto del canibalismo entre en siglo XVI y el siglo XX ninguna descripción de primera mano. En conversación con Arens, Frank sugiere

que la aceptación acrítica del canibalismo es un medio primario por el cual los antropólogos pueden manifestar su identificación con la premisa básica de la disciplina, el relativismo cultural, que admite la existencia de todas las variedades posibles de comportamiento humano. El análisis *blasé* y aparentemente desapegado de la práctica descrita también indica un relativismo moral que es otra de las características de la mente profesional. Lo que otros ven como un defecto social, para el antropólogo no es sino una costumbre curiosa o un enigma tan digno de estudio como cualquier otro rasgo cultural extraño. Así, aceptar inmediatamente y luego abstenerse de moralizar explícitamente acerca de la naturaleza caníbal de otros es ser un antropólogo (Arens 1981: 157-58).

Resulta llamativa esa convergencia (incluso cronológica) entre una película de serie C, podríamos decir, y la más crítica de las reflexiones antropológicas sobre el canibalismo. Y resulta irónica la divergencia que acaba convirtiéndose en un bucle. En el caso de Arens (más bien de Frank) intenta buscar presencia caníbal en el Amazonas y no la encuentra. En el caso de Gloria Davis, la antropóloga de *Caníbal feroz*, intenta documentar la no existencia de caníbales y los encuentra... Pero llama a su Tesis *Canibalismo. El fin de un mito*, un título casi calcado de la tesis de Arens. El caso es que la experiencia etnográfica de Gloria Davis (si cabe referirse así a su aventura cutre) debería haber dado lugar a una tesis titulada algo así como *Canibalismo. El fin de un antimito*.

La tesis del mito del canibalismo se alimentó en los años siguientes de sabía política y se prestó especial atención al binomio canibalismo/colonialismo. El argumento del ensalzamiento diacrítico del canibalismo dentro de las llamadas culturas periféricas, en realidad lo que hacía es dotar de fuerza y valor al sistema colonial²¹. Pero hablar del canibalismo para negarlo no hizo sino revitalizarlo.

²¹ Ver por ejemplo Cardín (1994) y, especialmente, la compilación de Barker, Hulme e Iversen (1998).

Decía Lévi-Strauss en *El totemismo en la actualidad* que “aceptar como tema de discusión una categoría que nos parece falsa nos expone siempre a un riesgo: el de mantener, en virtud de la atención que se le presta, alguna ilusión acerca de su realidad” (1965: 29). Algo similar a lo sucedido con el que podríamos llamar mito del totemismo ha pasado con el mito del canibalismo. Hablar de el para negarlo ha acabado dándole protagonismo.

Pero si en 1979 se inaugura la senda negacionista, en 1986 asistimos a la publicación de la tesis de Peggy Reeves Sanday (1987) sobre multipresencia cultural del canibalismo. En su *Devine hunger. Cannibalism as a Cultural System* (en español *El canibalismo como sistema cultural*) analizaba extensamente 15 casos de canibalismo con presencia real e importancia diacrítica en el interior de cada una de esas culturas.

A esa preocupación por el canibalismo como sistema cultural ha contribuido la propia teoría y método etnográfico que parece haber empujado a lo largo del siglo XX a la búsqueda de caníbales. Resulta llamativo que uno de los epígrafes más extenso de las *Notes and Queries on Anthropology*, publicadas en 1951 y editadas en español en 1971 sea el titulado “Canibalismo”, con preguntas prescritas para el trabajo de campo etnográfico como las siguientes:

¿Es frecuente o excepcional? ¿Se considera la carne humana como la de los animales, o como parte de un ritual? Cuando comen carne humana ¿creen que en esta forma absorben las cualidades del muerto? ¿Cuál es la actitud nativa sobre esta práctica? ¿Dan alguna razón de ella? Las víctimas ¿son hombres, mujeres o niños? ¿Son enemigos muertos en batalla, prisioneros de guerra, cautivos por estratagemas, esclavos, o personas especialmente seleccionadas? ¿Tiene la carne humana cocinada un nombre especial? ¿Se prepara en las cocinas habituales o existen cocinas aparte especialmente construidas? ¿Tienen recipientes o implementos especiales para los festines canibalísticos? ¿Qué parte del cuerpo se comen y por qué? ¿se consideran especialmente sabrosas ciertas partes? ¿Qué hacen con los huesos? ¿Usan algunos de ellos como utensilios o adornos? Recójense todas las creencias e ideas relacionadas con esta práctica ¿se sacrifican las víctimas a los dioses? La ingestión de carne humana ¿está restringida a determinada clase o sexo? ¿Se considera impuro un individuo después de haber participado en un festín? ¿Hacen alguna diferencia entre un cadáver en el sentido común y uno que está destinado a comerse? ¿Es un rito mortuorio la ingestión sacramental de ciertas partes del cadáver; con qué creencias está asociada esta práctica? (1971: 261).

Es decir casi 50 años después de que Frazer publicase en 1907 su catálogo *Preguntas sobre costumbres, creencias y lenguas de los salvajes*, se estaba reproduciendo el mismo tipo de sesgo etnocéntrico, el mismo error al plantear las preguntas, pues en verdad no hay mucha diferencia entre ese tipo de preguntas de las *Notes and Queries* y las de la sección “Alimentos” en la obra de Frazer: “¿practican el canibalismo?” “¿Se comen a sus enemigos o a sus amigos?”.

Parece mentira que sustentadas y fuertemente aplaudidas las tesis sobre la mitificación caníbal, siga siendo el canibalismo cultural materia de tan preeminente atención, como si la antropología fuese dos cosas a la vez. Como si, por un lado, el afán culturalista de la antropología precisase argumentos fuertes para hablar de la diferencia y del relativismo cultural y como si, por otro, un tipo de postura ética descolonizadora se quisiese visibilizar (en una práctica tan connotada como la caníbal) para transmitir la idea de unicidad humana. Parece mentira que después de aquel gran debate de comienzos de los años 80 del siglo XX sigan tan vivas ambas sendas divergentes: en los últimos 30 se han publicado más de 100 libros de reflexión antropológica o de ejemplificación etnográfica. Unos desarrollando el asunto de cómo el canibalismo construye la diferencia y otros exponiendo la diferencia a partir del canibalismo. En su *Manifiesto Antropófago* Oswald de Andrade planteaba, con profundo sentido del humor, la alternativa: “*tupí or not tupí that is the question*”. La antropología en los últimos años parece estar dando una respuesta desconcertante: “*tupí y no tupí*”.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Arens, W. 1981. *El mito del canibalismo. Antropología y Antropofagia*. Madrid: Siglo XXI.
- Barker, F., Hulme, P. e Iversen, M. 1998. *Cannibalism and the colonial World*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Cardeñoso, B. “Canibalismo en Atapuerca”, en <http://enigmasmundo.googlepages.com>
- Cardín, A. 1994. *Dialéctica y canibalismo*. Barcelona: Anagrama.
- Caro Baroja, J. 1990. *Ensayo sobre la literatura de cordel*. Madrid: Istmo.
- Fernández Juárez, G. 2008a. *Kharisiris en acción. Cuerpo, persona y modelos médicos en el Altiplano de Bolivia*. La Paz: CIPCA.
- Fernández Juárez, G. 2008b. *Antropologías del miedo. Vampiros, sacamantecas, locos, enterrados vivos y otras pesadillas de la razón*. Toledo: Calambur.
- François, P. 1988 [1887]. *Viaje de exploración al oriente ecuatoriano*. Quito: Abya yala.
- Lagiola, L. 2006. “Cine italiano de caníbales: en la selva nadie escuchará tus gritos”, *Terror Universal*, Noviembre www.cinefania.com/terroruniversal
- Lévi-Strauss, Cl. 1965. *El totemismo en la actualidad*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Mandel, D. R. 2004 [1794]. “The Indian’s Pedigree: Indians, Folklore, and Race in Southern New England”. *The William and Mary Quaterly*. 61-3.
- Paul Real, P. 1974. *¡Viven! La tragedia de los Andes*. Barcelona: Noguer.
- Pérez de Tudela, C. 2002. “Los últimos caníbales: expedición a la selva de Irian Jaya”, *Más Allá de la Ciencia* 214.
- Raffaele, P. 1996. “En tierra de caníbales”. *Reader’s Digest Selecciones*. Noviembre.
- Reeves Sanday, P. 1987. *El canibalismo como sistema cultural*. Barcelona: Lerna.
- Rojas, C. 2005. “Cannibalism and the Chinese Body Politic: Hermeneutics and Violence in Cross-Cultural Perception”. *Postmodern Culture*. Volume 12, Number 3.
- Rosas, A. et. al. 2006. “Paleobiology and comparative morphology of a late Neandertal sample from El Sidrón, Asturias, Spain”. *PNAS* 103: 19266-19271.

- Sáiz Echezarreta, V. 2005. "Aventura en África: Canibalismo de la diferencia: una puesta en escena", en *Seminario de Semiótica, crítica textual y política*, E-Prints Complutense. Mayo.
- Sheper-Huges, N. 1998 "The New Cannibalism". *The New Internationalist Magazine* 9 de marzo.
- Sheper-Huges, N. 2005. "El comercio infame: capitalismo milenarista, valores humanos y justicia global en el tráfico de órganos", *Revista de Antropología Social* 14: 195-236.
- Staden, H. 1983 [1557]. *Verdadera Historia y Descripción de un país de salvajes desnudos*. Barcelona: Argos Vergara.
- Urquhart, R.H.J. 2002. "Sawney Bean: Myth or Myth". *Ayrshire Notes* 23.

Fecha de recepción: 15 de diciembre de 2008

Fecha de aceptación: 17 de febrero de 2009